



ASOCIACIÓN ESPAÑOLA PARA LA DEFENSA
DEL PATRIMONIO CULTURAL Y NATURAL

**XXXIV REUNIÓN DE ASOCIACIONES Y ENTIDADES PARA LA DEFENSA
DEL PATRIMONIO CULTURAL Y SU ENTORNO**
Trujillo, 5, 6 y 7 de junio de 2015

**DISPERSIÓN Y DESTRUCCIÓN DEL PATRIMONIO ARTÍSTICO ESPAÑOL. 30
AÑOS DE INVESTIGACIÓN**

Francisco Fernández Pardo

- www.franciscofernandezpardo.com/dispersion-patrimonio.html
info@franciscofernandezpardo.com



Francisco Fernández Pardo: *Dispersión y Destrucción del Patrimonio Artístico Español* Editorial REPRO, Logroño, 2014

Me piden que escriba algo sobre mi aventura de dedicar treinta años a la investigación de los tomos que componen la obra "***Dispersión y destrucción del patrimonio artístico español***", cuya publicación se inició en 2007 y ha concluido con la impresión actual del sexto y último volumen, a modo de compendio histórico de lo ocurrido en los últimos

años. No es cosa fácil hacer una breve síntesis de una aventura acometida durante tanto tiempo y topando con tantas vicisitudes.

Sin pretender siquiera imitar la ejemplar iniciativa llevada por el aguerrido don José Antonio Gaya Nuño, todo comenzó al escribir la biografía *“Juan Antonio Llorente, español maldito”* iniciada a finales de los años setenta, cuando al investigar su trayectoria como Director General de Bienes Nacionales en el reinado de José I, quedé hondamente sorprendido viendo la tremenda – y casi desconocida...- desamortización eclesiástica ejercida por los franceses, los tremendos estragos cometidos por la soldadesca y los robos perpetrados por sus generales. El enorme material recogido me dio pie para desvelar las grandes pérdidas sufridas por nuestro mejor patrimonio al punto de sintetizarlas en el primer volumen. Fue el entusiasmo del profesor Emilio Pérez Sánchez al conocer el contenido del manuscrito lo que motivó que continuara la investigación durante los períodos siguientes. De mis muchos contactos con cronistas oficiales recorriendo el territorio español y de las fructíferas rebuscas en hemerotecas, buceando en archivos diocesanos y municipales, bibliotecas y archivos nacionales, visitando a colegas académicos y en contacto con marchantes, gentes del arte e historiadores, acumulé tal montaña de datos de todas las épocas que sobrepasaban mi capacidad para sintetizarlos. Tal era la dimensión de los estragos que me plantearon dar por concluido mi empeño en vista de la dificultad para divulgarlos mediante una publicación digna que incluyera las ilustraciones que ayudara a evaluarlos.



Bodegón, anónimo español, S. XVII, colección norteamericana anónima

Así fue como persuadido de no poder enfrentar una aventura tan ingente, tan costosa y polémica, se me ocurrió entregar lo escrito a otro ilustre director del Prado, el señor Pita Andrade, y de él recibí el aliento de concluir la obra a toda costa. Leyó con enorme interés el desarrollo de algunos volúmenes, juzgó la obra de oportuna y necesaria y cifró su esperanza en que alguna institución pública se atrevería a publicarla.

Y en ese momento aparecieron las dificultades. Éstas ya estaban previstas en mis mentores cuando al ver que yo escribía sin mordazas, daba datos y nombres, sin

vacilar a acusar a los directos responsables de tantas incurias, destrucciones inmotivadas, derribos vergonzosos y evasiones clandestinas acaecidas hasta los últimos años. Por ello, pese a avalar el rigor documental de la obra, coincidieron en advertirme sobre los escollos que habría de encontrar en patronatos e instituciones públicas e incluso en fundaciones que tenían como fin primordial la preservación del patrimonio... A causa del compromiso que el trabajo entrañaba, temían con razón que fuera acusado al menor desliz o error cometido. Y debo decir que sabían lo que decían. Pues al leer los manuscritos llovieron sobre mí los recelos y temores de directores de instituciones, fundaciones y patronatos a los que recurrí, sufrí no pocas promesas incumplidas, justificaciones vergonzosas, cínicas inhibiciones y claras muestras de que no querían comprometerse en una investigación que señalaba a los culpables del mayor desastre cultural padecido en nuestro país durante dos siglos.

No es éste el lugar, pero en el momento propicio nadie cerrará mi boca para seguir delatando a las autoridades y instituciones que trataron por todos los medios de frustrar una obra y el esfuerzo de su autor, que a lo largo de treinta años y tras invertir grandes sumas, no percibió la menor ayuda, beca ni subvención oficial para llevarla a cabo e imprimirla. Al hacerlo no me arrastra otro deseo que el de desenmascarar a muchos cínicos patriotas que pasan por abanderados y defensores de nuestro patrimonio y levantar la bandera de la integridad intelectual, en este tiempo tan vilipendiada, como lo está el legado artístico de unos antepasados que si resucitaran verían con horror y vergüenza lo que hoy todavía muchos contemplamos.

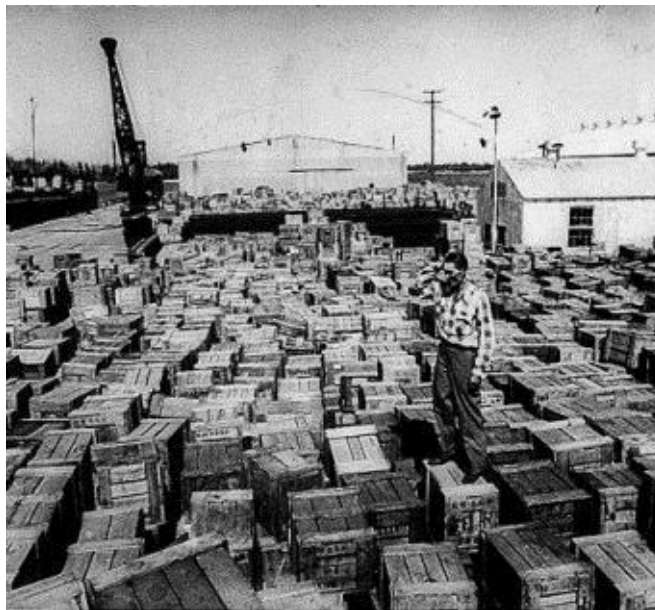


Los seis volúmenes

En efecto, durante muchos decenios, España, empobrecida en sus gentes pero opulenta en sus monumentos y bienes artísticos, vio cómo su patrimonio se desbarataba y perdía. Dicha ruina patrimonial obedeció, mucho más que al paso del tiempo o a catástrofes naturales, a nuestra desidia y a la ignorancia sobre el valor de los bienes que poseímos, a sonados estragos y saqueos por razón de guerras y a robos y evasiones emprendidos por quienes, como propietarios o custodios eclesiásticos y civiles en cuyas manos se encontraban los mejores tesoros, no dudaron en ignorar las leyes en vigor y facilitar su venta y evasión al extranjero.

Muchos han achacado esa ruina nacional, bien evidenciada al conocer los tesoros expuestos en colecciones y museos extranjeros, a gentes venidas de fuera, pero sería de hipócritas ignorar que fuimos nosotros los que más contribuimos a descuidar o destruir unas riquezas que ya nunca contemplaremos. Con nuestra incapacidad para apreciarlas y sin respeto a la herencia recibida éramos ricos, acaso sin saberlo, y durante mucho tiempo nos fue indiferente y pagamos cara nuestra indiferencia.

Tal indiferencia nos lleva a la sorpresa sobre la casi total carencia de datos indicativos para valorar las cuantiosas pérdidas sufridas. En efecto, con la excepción de algunos trabajos de Gaya Nuño apenas existe en la bibliografía del tema ningún estudio sistemático sobre una devastación cultural tan colosal. Parece como si a muchos les hubiera detenido algún género de impudicia o prevención, o acaso el temor de señalar a los culpables, por lo general gente principal que acaparaba la mayor parte de los tesoros artísticos sujetos a especulación, o bien notorias instituciones que estaban obligadas a impedir que se desbarataran. De otro modo no se explica la espesa niebla que han envuelto las devastaciones artísticas sufridas, la cautela y el silencio mantenidos por algunos conocedores de los hechos.



Las piedras del monasterio de Sacramenta, Segovia, a su llegada a Florida, en 1953

A principios del pasado siglo tuvo que ser un diplomático extranjero, don Vicente Quesada, quien clamara contra la impasibilidad del pueblo y del Estado español por el criminal abandono de las obras de arte. Hacía observar cómo los comerciantes españoles *“van por los pueblos pequeños, donde yacen tantas piezas excepcionales abandonadas, y convenciendo a aldeanos y curas de que nada valen, tientan su miseria con sórdidas cantidades para luego vender dichas piezas a precios elevadísimos”*. Según él veía, lo peor no era el comercio sino el fraude, y que las obras caían en países ricos a costa de empobrecernos más.

Llevamos más de dos siglos de despilfarros, de permanente almoneda y ruina y sólo unos pocos críticos de arte e historiadores (Quadrado, Torres Balbás, Gómez Moreno, Gestoso, Elías Tormo, Guinard, Almela, Garín, Ortíz de Taranco, etc.) se atrevieron a alzar su voz clamando contra nuestro acelerado empobrecimiento. Fueron muchas sus quejas y lamentaciones pero, como dice Chueca Goitia, *“nadie escuchó su constante y desoído clamor”*. En virtud de ese silencio resulta escandalosa la impunidad de que siguen gozando gran número de familias aristocráticas, prebostes, altos clérigos y burgueses culpables de los quebrantos, así como la inutilidad de las denuncias y la pasividad mostradas por los organismos oficiales.

Fueron muy pocas las responsabilidades esclarecidas. A lo sumo bajamos los ojos abochornados ante tantos monumentos nacionales demolidos por las piquetas municipales (cientos de edificios artísticos de primer orden derribados), ante tantas pinturas exportadas clandestinamente, ante tantos robos; pero sin el menor estallido de indignación ni protesta el desastre continuó su curso, silenciosa, calladamente, como bien señalaba Gaya Nuño. Por una criminal falta de colaboración en sus titulares, no se consiguió en ningún momento completar un Catálogo nacional de los mejores bienes en poder de la Iglesia y de los particulares y perdimos su control. Y cuando descubrimos los estragos y pérdidas, pocas, muy pocas represalias han recaído sobre los prebostes culpables de extraer y vender sus colecciones fuera de nuestro país, ni tampoco se han visto señalados muchos jerarcas de la iglesia, párrocos, abades, prioras y obispos, cuando han consentido en mutilar, retirar o se han desprendido de piezas que decían suyas. La responsabilidad de tales mermas no sólo alcanza a marchantes y a casas de subastas, sino a timadores, ladrones y altos funcionarios, en especial a ciertos diplomáticos, a pomposos títulos y linajes que también contribuyeron a la liquidación y venta de nuestros tesoros artísticos.

En este oscuro negocio todo han sido sombras y ocultación pero no siempre ha sido esto posible porque, a pesar de los trasiegos y ocultaciones, muchas obras han sido localizadas e inventariadas dando lugar al conocimiento de la iglesia, palacio, institución, colección o propietario de donde procedían, así como sus beneficiarios. Este ha sido el principal objetivo de mi investigación cuya enorme extensión, las miles de ilustraciones con que se demuestran los estragos, esclarecen de forma terminante las colosales pérdidas sufridas. La audacia para indicirlas y señalar a los culpables expone siempre a quien se arroga el papel de juez o denunciante. Y más cuando algunos creen, con harta ingenuidad, que esas desapariciones vigorizan un mercado financiero floreciente o prefieren que las obras de arte expatriadas, despreciadas o ignoradas en nuestro país, representan un motivo de honor y orgullo al exponerse en suntuosos museos extranjeros. Son personas para quienes el arte no tiene nacionalidad, pero yo creo que el arte revela nuestra historia, conforma nuestra

memoria y nuestra cultura. Y debemos esforzarnos por mantenerlo, sin resignarnos a consentir que España, que ha visto impasible durante decenios el ocaso de su fortuna, siga desangrándose. Ocurrió todo contra lo dispuesto por las leyes, porque la justicia permaneció muda y su brazo paralítico. Hora es que se extienda ante la opinión pública lo mucho que hemos perdido y hacerlo con valentía y franqueza, de modo que sepamos comprender lo que importa amarlo y preservarlo. Esta y no otra es la motivación que ha inspirado mi voluminosa obra, verdadero inventario general de nuestra ruina. A los lectores les queda la misión de juzgarla.